

GENERO Y TRABAJO. LA CONTRIBUCIÓN DEL TRABAJO FEMENINO EN LA EXPLOTACIÓN AGRÍCOLA FAMILIAR

Nidia S. Tadeo

*Departamento de Geografía. Fac. Humanidades y Cs. Educación.
Universidad Nacional de La Plata*

«Mucha gente piensa que cuando hablamos de género estamos hablando de hombre y mujer. Creen que lo femenino y lo masculino es algo que está en nuestro cuerpo, pero no es así, lo femenino y lo masculino está en todos lados, en realidad esta en la cultura».

Evelyn von Keller. Encuentro Interdisciplinario de Nuevos Paradigmas Buenos Aires. 1991

INTRODUCCION

Los estudios que tratan sobre la organización económica de los grupos ocupados en las actividades agrarias de la región pampeana generalmente privilegian el análisis de los procesos de trabajo que llevan cabo los hombres, ya que en primera instancia corresponde a aquellas actividades económicas que absorben mano de obra masculina. Es lo que encontramos en las fuentes estadísticas. Del mismo modo, la explotación agrícola de tipo familiar ha sido objeto de frecuentes estudios, particularmente en sus relaciones con el exterior, tratándose apenas lo concerniente a las relaciones sociales dentro de la explotación.

Cuando emprendimos el estudio tendiente a evaluar la situación socioeconómica del sector que produce flor de corte en la región metropolitana de Buenos Aires atrajo nuestra atención la actividad que realiza la mujer en la explotación. La participación diferenciada del grupo doméstico(1) en el desarrollo del proceso productivo nos condujo a reflexionar acerca del lugar de la familia en esa actividad, sobre la contribución de la mujer en la producción de bienes para el mercado y en la supervivencia económico-social del grupo familiar.

La producción de flor de corte comparte con otras actividades intensivas los espacios intersticiales de la región metropolitana de Buenos Aires, por medio de una fuerte competencia por el uso del suelo. La modernización capitalista observada en la agricultura pampeana repercutió en las producciones agrícolas intensivas de la región mencionada durante los últimos treinta años, con intervalos más o menos favorables. Los cambios se manifestaron en un proceso de paulatina concentración económica, en la incorporación de una modalidad de trabajo particular la «medianería», en la adopción de tecnologías que incrementaron la producción.

Ellos dieron paso a un proceso de cambio diferencial, que no afectó con la misma intensidad a todas las unidades productivas.

Encaramos la investigación bajo la óptica de la Geografía del Género. La aparición de numerosos trabajos académicos en el ámbito geográfico dan cuenta de la importancia de esta perspectiva, la que también se viene manifestando en las otras ciencias sociales.

El análisis de caso que presentamos busca aportar elementos de interpretación sobre la participación de la mujer en una producción agrícola intensiva, y en el rol que ésta desempeña en la pervivencia de la explotación de tipo familiar, como una contribución hacia una geografía comprometida, es decir interesada por el cambio social.

En la primera parte hacemos una breve conceptualización teórica sobre la categoría de «género» y la geografía. Ello nos permite abordar, a continuación, la división sexual del trabajo en el medio rural.

En la segunda parte indagamos sobre el aporte del trabajo femenino en las producciones agrícolas intensivas a través de un estudio de caso.

En un apéndice figuran cuestiones metodológicas relacionadas con el trabajo de campo.

AGRADECIMIENTO

Expresamos nuestro reconocimiento a las mujeres que generosamente nos brindaron largas horas de sus jornadas de trabajo para que este estudio se concretara.

PRIMERA PARTE

EN TORNO A LA CATEGORÍA DE GÉNERO

Algunas precisiones del concepto de género en las Ciencias Sociales.

En la década de 1960 se introduce la palabra «género» (Geschlecht, Genre, Genere, Geslacht) como categoría fundamental de la realidad social, cultural, histórica y de la percepción de esa realidad. Esta nueva acepción, que en algunos idiomas supone una trasposición de un concepto gramatical a otro sociocultural de carácter más amplio, tiene diferentes connotaciones lingüísticas y culturales en diferentes idiomas (Bock, 1988:60).

La categoría de «género» es la herramienta fundamental de análisis aportada por la teoría feminista (2), y corresponde a una imagen intelectual fundada en el comportamiento diferencial de los sexos, construida sobre las bases de las diferencias biológicas. O sea que el «género», como construcción histórico-cultural pone en evidencia las pautas y valores que la cultura prescribe para el varón y para la mujer, condicionando los intereses, las vivencias, los sentimientos, las expectativas.

Además, reconocemos que la categoría de «género», como imagen intelectual, es específica de un contexto dado y como tal debe ser utilizada. Y aun cuando las posibilidades que ofrece son fundamentales para llegar a una comprensión más profunda de los fenómenos socioculturales, en ningún caso puede tomarse como un molde estático.

La concepción del rol femenino y del rol masculino varía en el espacio y en el tiempo.

Tienen un contenido histórico cambiante, según el tipo de relaciones en el que están inscriptos (Pastor,1992:4).También Bock(1988) señala que los roles de género imponen las tareas que se consideran femeninas y masculinas,tal lo establece el sistema social,por tanto son cambiantes.Y de acuerdo con Little et al (1988:12) agregamos que «más que intentar explicar la subordinación de la mujer a través de los roles femenino y masculino hay que analizar las relaciones sociales,es decir las concepciones sociales de lo femenino y de lo masculino».

Con la división de la sociedad en ámbitos excluyentes, pero a su vez complementarios: público-doméstico, a los cuales se asignan las funciones sociales de los sexos, se construye y se realimenta la definición de los géneros en masculino y femenino. No tienen el mismo prestigio social,el ámbito público tiene un valor más alto y se identifica con las esfera productiva. El ámbito doméstico comprende las actividades vinculadas con la reproducción. Se identifica al varón con el ámbito público,productivo, y a la mujer con el ámbito doméstico-familiar,reproductivo. Estos conceptos están estrechamente unidos a los principios de dominación/subordinación entre los géneros,principios que están inmersos en el cuerpo cultural.El «genero» es un factor de segregación tan importante como el grupo étnico, la clase social, el estado civil.Para nuestro país igualmente señalamos el factor edad, luego de los cambios ocurridos en la estructura productiva desde mediados de la década de 1970 y acentuados en la década de 1980.

El enfoque de «género» fue incorporado por las ciencias sociales originando una importante producción de trabajos académicos,desde hace dos largas décadas. En un comienzo, los estudios se centraron en la cuestión mujer, en el sexo femenino. Las ciencias sociales fueron quitando a las mujeres esos mantos que las hacían invisibles y las apartaban de la vida social,política y cultural. Luego, adquirió relevancia el enfoque de las relaciones sociales entre los géneros,entendiéndose a las mujeres en relación con los hombres,no en términos de esferas opuestas y antagónicas, sino en la búsqueda conjunta de formas de relaciones equitativas,de intereses comunes. Así interpretada la categoría de «género» propone una perspectiva dinámica y superadora.Para hablar de mujeres también hay que hablar de hombres, se evitará así la tendencia de caer en el concepto de igualar «género» con mujer.

Geografía y Género

Esta perspectiva de análisis no estuvo presente entre las preocupaciones de los geógrafos hasta los inicios de la década de 1980. Se incorporó la estructura de género de la sociedad, planteando un reto a los esquemas tradicionales, demostrando que la dimensión de género es tan importante como la de cualquier otro factor económico o social, que puede modificar a la Sociedad (Geography and Gender,WGSG,1984).

Los cambios producidos dentro de la geografía han hecho que las mujeres sean visibles en el paisaje geográfico (García Ramón 1989:28). El pensamiento geográfico fue evolucionando al respecto, al igual que el de otras ciencias sociales, aunque con un ritmo más lento.

El conocimiento, como construcción social, es un reflejo del contexto en el que se

produce y se transmite. El «género», como forma conceptual del análisis sociocultural, ayuda a examinar y a interpretar la configuración de estructuras y comportamientos espaciales, y de las relaciones humanas con el lugar. La organización del espacio y sus transformaciones es el producto de la acción de hombres y mujeres, si concebimos el espacio como un producto social no podemos excluir a uno de los sexos que integra la sociedad.

Este enfoque surgió como una nueva dimensión de análisis dentro de la geografía bajo la denominación de «Geografía del Género». Propone determinar las formas en que los procesos socioeconómicos, políticos y ambientales crean, reproducen y transforman los lugares y las relaciones sociales entre los hombres y las mujeres que los habitan, tratando de demostrar cómo las relaciones de género impactan en esos procesos y se proyectan en el espacio y en el entorno (Pahl, 1988). Como tal contrae un compromiso a fin de atenuar las desigualdades fundadas en el género, persiguiendo como objetivo final, a largo plazo, su desaparición por medio del cambio social (Geography and Gender, 1984:21). Es una cuestión que involucra a los geógrafos y a las geógrafas por igual, ya que la geografía comprende a la sociedad toda y a sus implicancias con el espacio.

Además, como ya lo mencionamos, lo femenino y lo masculino no son entidades históricas fijas, se han conformado de acuerdo con las relaciones sociales entre hombres y mujeres, que asignan roles diferentes a cada uno de ellos. Por ello Little et al (1988) señalan que «a medida que cambian las relaciones de género, también lo hace la forma en que las mujeres y los hombres crean, reproducen, y cambian los entornos en los que viven, ya que el entorno y el espacio construido, a su vez, reflejan y reproducen las relaciones cambiantes entre los géneros». Aludiendo al enfoque actual de los estudios Bolwby (1989:15) expresa que además de conocer cómo varían en el espacio las relaciones de género es necesario examinar cómo y de qué forma los «usos sociales del espacio» son parte de los procesos sociales, a partir de los cuales los atributos de femineidad y de masculinidad se estructuran.

Asimismo, la geografía del género introduce una instancia superadora en el modelo dicotómico esfera productiva-esfera reproductiva, al no separar del análisis espacio-temporal lo económico de lo social. La preocupación por tratar conjuntamente el trabajo femenino y sus interrelaciones distingue a este enfoque de otros que centran su atención sólo en el ámbito productivo.

Los conceptos que anteceden nos inclinan a concluir que la geografía del género tiene que integrarse al enfoque interdisciplinario, integración indispensable para comprender las desigualdades socioespaciales derivadas de las relaciones de los géneros.

No estamos de acuerdo con una ciencias sociales acerca de las mujeres, sino con unas ciencias sociales que involucren a las mujeres. Entretanto, los avances teórico-metodológicos tendrán que continuar.

Geografía y Género en el medio rural

La dimensión de género en el estudio de las relaciones sociales en la agricultura despertó el interés académico en el mundo anglosajón, como una expresión de la teoría

feminista dentro de la geografía (García Ramón 1990:251). Tradicionalmente, el avance del capitalismo sobre las sociedades agrícolas fue desplazando la fuerza de trabajo femenina, la que se fue replegando hacia el ámbito reproductivo con tal magnitud que el medio rural se convirtió en un centro expulsor de mano de obra femenina hacia las áreas urbanas. Este fenómeno repercutió en el campo manifestándose un proceso de masculinización de la agricultura variando en intensidad en los diversos contextos regionales. En algunos lugares donde la agricultura tradicional se mantiene las actividades tienden a feminizarse, al menos con cierta periodicidad. Los hombres emigran temporariamente hacia las áreas de cultivos industriales intensivos o frutihortícolas para trabajar en las cosechas (4). Y las mujeres se ocupan de las tareas de la explotación. En este caso las formas de penetración del capitalismo actúan de manera inversa y nos conduce a reflexionar sobre el origen y desarrollo de los procesos de feminización y masculinización de las actividades agrícolas, tratando de analizar en profundidad su significado

La división sexual del trabajo en la agricultura se caracteriza por su complejidad y su variabilidad, de acuerdo con las desigualdades espaciales. También están determinadas por las condiciones materiales y sociales de cada período histórico (García Ramón, 1990). La división sexual del trabajo productivo no está dada «naturalmente» por la función que la mujer cumple en la reproducción. En cambio es un principio universal que la mujer se ocupe de la reproducción biológica en el medio agrícola. También es la encargada de asegurar el mantenimiento y la reproducción de la fuerza de trabajo (crianza de niños, atención de enfermos y ancianos, diversas tareas domésticas) y «debe ser» la responsable de la reproducción social (transmisión y control de los medios económicos, y de pautas y valores culturales). Las discusiones sobre las actividades de la reproducción presentan una estrecha relación con el análisis del capitalismo, el que a su vez se relaciona con el concepto de patriarcado. Estas cuestiones no han sido aun suficientemente debatidas en las relaciones de género del mundo rural.

En la explotación agrícola -sobre todo en las unidades productivas de tipo familiar-la división del trabajo en productivo y reproductivo resulta artificial, pues gran parte de las tareas de la mujer se sitúan en ambas esferas, resultando difícil ubicarlas en una u otra.

El modelo dicotómico producción-reproducción tiene la tendencia a considerar ambas esferas casi cerradas, con pautas particulares que las mantienen en un eje fuertemente opuesto (Jelin, 1984).

En el estudio objeto de la presente investigación el análisis de la información demostró la necesidad de recurrir a una construcción metodológica que se aleja del modelo dicotómico, ya que ambas esferas se interfieren mutuamente en una permanente relación circular. Y esto nos llevó a confirmar, además, que si el trabajo doméstico de la mujer generalmente es invisible, la actividad de la mujer agricultora es doblemente invisible, ya que no sólo incluye las tareas domésticas, sino también una importante proporción del trabajo vinculado con la producción de bienes para el mercado, el cual resulta difícil de contabilizar (5). No obstante, en las páginas siguientes la separación que efectuamos entre productivo y reproductivo fundamentalmente responde a la necesidad de lograr una mayor claridad a la exposición.

SEGUNDA PARTE

PARTICIPACION DE LA MUJER EN LAS EXPLOTACIONES AGRICOLAS INTENSIVAS DE TIPO FAMILIAR

Focalizamos nuestro estudio en la producción de flor de corte que se obtiene en el partido de La Plata (región metropolitana de Buenos Aires), representando alrededor del 60% de la producción nacional. Es una de las actividades tradicionales que se practican en el cinturón verde del Gran La Plata, aprovechando las ventajas comparativas de localización en relación al principal centro de consumo (ciudad de Buenos Aires). Grupos étnicos de nacionalidad japonesa y portuguesa se hallan en sectores de tipo «enclave», reconocidos por sus propios integrantes como «colonias». Este nombre identifica una unidad de residencia bajo los conceptos de vecindad y relaciones predominantes. La pertenencia a uno de los grupos étnicos consiste en que los integrantes de las «colonias» se reconozcan entre ellos como extranjeros, también incluyendo a sus descendientes (Tadeo, 1991:5). Desde hace una larga década estas «colonias» también están integradas por grupos minoritarios, culturalmente diferentes, originarios de Bolivia, Paraguay y el noroeste argentino, que les ha valido la denominación de «colonias multiétnicas» (Sabarots, 1991:56).

Los cultivos de flor se realizan bajo cubierta, en parcelas de 2 a 6 ha, en propiedad, tradicionalmente sustentados en el trabajo familiar. En las unidades productivas más pequeñas el productor y su familia proveen la fuerza de trabajo. Si los miembros de la familia dejan de suministrar su aporte la explotación puede redimensionarse, según el ciclo de vida del grupo familiar, aunque no están ausentes las motivaciones del productor para evitar la contratación de asalariados (cargas sociales, movilidad espacial de los trabajadores, cualificación del personal, etc). Llegamos a detectar las siguientes situaciones (6)

1. El productor trabaja con su esposa y los padres de uno u otro, mientras los hijos son pequeños.
2. El productor trabaja con la esposa. Sus hijos cursan estudios y sólo alguno colabora en el proceso productivo. Contrata fuerza de trabajo asalariada.
3. El productor trabaja con uno de los hijos, con su esposa y con su nuera. El hijo irá reemplazando al padre. Otros hijos varones trabajan fuera de la explotación porque su aporte es marginal. Las hijas dejan la explotación cuando se casan.

Si el hijo sucede al padre como titular del establecimiento -en vida de éste- tendrá necesidad de reclutar mano de obra asalariada cuando su esposa tenga que atender sus funciones en el hogar ante el nacimiento de los niños. Durante ese período sus tareas en la explotación serán ocasionales. Entretanto los padres del productor continuarán realizando algunos trabajos en los cultivos.

4. El productor es beneficiario de una jubilación. Mantiene algunos cultivos sólo con su esposa, los hijos no viven, ni trabajan en la explotación. No contrata asalariados con el propósito de minimizar los gastos. Prefiere achicar su producción.

Las unidades de producción que reflejan el tipo 1 o el tipo 2 el productor puede contratar fuerza de trabajo ajena, que generalmente es provista por los «medieros» (ver más adelante), respondiendo a las formas de contratación más usuales practicadas en la producción florícola desde fines de 1970; aunque también se manifiestan formas de arreglos entre hermanos y parientes o vecinos. La caracterización de las unidades productivas según el tipo de fuerza de trabajo empleada puede completarse con la posibilidad de ahorro o la capacidad de acumulación que presentan las explotaciones, de manera tal que el productor pueda negociar las condiciones de reproducción. Haremos mención a continuación de una tipología de las unidades de producción tomando los resultados económicos de éstas, que resultan de un balance del proceso productivo (Tadeo, 1991).

a - Explotaciones en creciente proceso de descapitalización. Los recursos productivos asignados conjuntamente con el uso de una tecnología tradicional impiden la posibilidad de inversión. Estas explotaciones fueron duramente afectadas por el período hiperinflacionario de fines de la década pasada; no recuperaron su dinamismo posteriormente. Más bien han implementado una estrategia de adecuación, que consistió en disminuir la producción de flores, reemplazándola por cultivos hortícolas bajo cubierta, destinados al autoconsumo. La venta de la flor de corte representa un ingreso complementario que apenas ayuda a equilibrar el presupuesto familiar, junto con la magra jubilación del productor.

En general estas explotaciones carecen de sucesor. La creciente expansión de la ciudad terminará por incorporar estas pequeñas superficies al tejido urbano.

Coinciden con el tipo 4 correspondiente a la tipología elaborada de acuerdo con la mano de obra empleada.

b - Explotaciones familiares que generan excedentes. Se sustentan en la fuerza de trabajo provista por el grupo doméstico y se diferencia del estrato anterior por su capacidad de inversión aunque muchos productores desconocen los criterios de rentabilidad capitalista. La disponibilidad de capital generado en la explotación y en el trabajo personal de productor y su familia imprimen un cierto dinamismo. Sus estrategias de producción son limitadas, pero el nivel de vida familiar manifiesta un progreso, en cuanto a mejoras en las viviendas, estudios de los hijos en el nivel terciario y universitario.

Se identifican con los grupos 1 y 2 en relación al empleo.

c - Explotaciones en proceso de capitalización. Presentan rasgos de tipo empresarial aunque se detectan situaciones dispares con estrategias diferentes. Algunos productores se manejan con ciertos criterios de rentabilidad capitalista y se vuelcan a la floricultura o a otra actividad según los niveles de precios de mercado. Su capacidad de generar excedentes les facilita el ingreso a un circuito expansivo para asegurar la rentabilidad.

En esta categoría se encuentran algunas explotaciones identificadas en el grupo 3 correspondiente a la utilización de la fuerza de trabajo y al ciclo de vida del grupo familiar.

Las tipologías mencionadas nos permitieron centrar el estudio concerniente a la participación de la mujer en aquellos estratos de explotaciones donde se combina el trabajo

doméstico con el trabajo remunerado en diferentes proporciones, y además hay una acumulación de capital.

Historia de las mujeres

Qué bagaje cultural trajeron las mujeres al insertarse en la nueva sociedad? Evaluamos de interés incluir algunos elementos sobre este aspecto teniendo en cuenta que la instalación en un nuevo medio implica un proceso de integración, donde «los sistemas de representación, los valores, los sentimientos, las expectativas tienen una importancia comparable a las construcciones materiales en la trama que entretejen las relaciones sociales» (Duby, 1978:158).

Colectividad portuguesa

En la década de 1950 se produce una masiva emigración desde Portugal rumbo a países de Europa Occidental (Rocha Trinidad, 1973), aunque un grupo numeroso prefirió a la Argentina como lugar de destino, algunos casos previa carta de llamada de familiares ya afincados aquí. Así ocurrió con habitantes originarios de las aldeas de la provincia de Algarves (aproximadamente 200 Km al sur de Lisboa). Vivían en el medio rural. El carácter diversificado de las explotaciones, de tipo familiar favorecía un sistema de producción en el que hombres y mujeres jugaban un rol complementario. Cuando la colaboración de la mujer era necesaria no se pensaba si eran tareas adecuadas para ella. Los trabajos de huerta y la atención de animales de corral también eran atendidos por la mujer, con la colaboración de las hijas menores de 15 años.

A medida que se fueron difundiendo nuevos implementos para facilitar las tareas, las mujeres fueron excluidas de ciertos trabajos, y relegadas a otros menos pesados, pero más rutinarios (escardar, «despedregar», preparar el heno y distribuirlo, conducir el carro...). Efectuaban tareas de «apoyo» no remuneradas, actuaban como «comodín» en la organización de la producción. Distribuían su tiempo entre las «tareas del campo» y las labores domésticas. «Mis padres tenían una chacra en Algarves, y éramos muchos en familia. Todos trabajábamos en el campo»... «Desde chica tuve que trabajar», manifiestan algunas mujeres entrevistadas (7).

Aquí los hombres se emplearon como peones en los establecimientos agropecuarios existentes en el sector que hoy configura el Gran La Plata. En poco tiempo compraron una parcela pequeña donde implementaron cultivos hortícolas con mano de obra familiar (8)

La expansión de la floricultura probablemente se produjo por efecto de demostración, además se presentaba como una actividad rentable de fácil colocación y próxima al mercado metropolitano.

La necesidad de ayudar en los trabajos agrícolas estaba muy arraigada en las mujeres. Aportaron como riqueza su herencia cultural que la incorporaron al lugar sin que se produjera una ruptura con su vida laboral anterior, y dentro de la aceptación de un orden jerárquico familiar, típico de la familia rural europea (Berlan, 1989).

El inicio en la floricultura fue muy difícil, sea por las exigencias de los cultivos, sea por

la carencia de implementos adecuados, sea por las bajas temperaturas invernales que obligaban a cuidar los cultivos durante la noche, o por la intransitabilidad de los caminos de tierra en épocas de lluvia, que dificultaban la salida de la producción hacia el mercado. La esposa del productor cumplía un prolongado horario en los invernáculos, ocupada en determinadas labores:...»estábamos en la siembra, en el mantenimiento de las plantas durante su crecimiento y también en el corte de las flores. En el caso de los hijos, los varones nos ayudaban en las vidrieras (9), mientras que las hijas nos ayudaban en la casa», señala una de las mujeres que, junto con su marido, fueron de los «colonos» fundadores de una de las primeras «colonias». El trabajo del hogar comprendía también la producción de alimentos (conservas, dulces) y atención de pequeños animales de granja (10)

Grupo japonés

No constatamos un lugar común de origen. Los inmigrantes procedían de diferentes prefecturas y provincias japonesas. En la década de 1960 se afincaron los primeros «colonos» que se beneficiaron con la intervención de la Agencia de Cooperación Técnica de Ultramar para la compra de la parcela, mediante una inmigración planificada.

Los japoneses y sus descendientes que se instalaron en las décadas siguientes respondieron a una inmigración espontánea, con etapas intermedias de migración en países latinoamericanos (Brasil, Bolivia, Paraguay) y en las provincias argentinas de Mendoza y Misiones. En todas partes habían tenido experiencias económicas fallidas. Tenían conocimiento de la actividad agrícola, aunque no precisamente en el cultivo de la flor. Numerosos «colonos» se instalaron solos, a modo de prueba, en una pequeña parcela que compraron con gran esfuerzo. Luego hacían trasladar a su familia al lugar. Las mujeres tuvieron una actuación destacada en la organización de la producción. Expresan que dedicaban « mayor cantidad de horas al cuidado de las flores que al trabajo de la casa. Necesitábamos vender en el mercado para pagar la tierra...»Trabajaba casi todo el día con las flores junto a mi marido, a veces con la ayuda de vecinos. No podíamos pagar peón»(11).

Actividades actuales de las mujeres en la explotación agrícola

En el 95% de las unidades productivas el jefe de la explotación manifiesta que su esposa realiza tareas vinculadas con la producción de flores, y en el 65% de aquéllas representa el 50% de la fuerza de trabajo (12).

La contribución de la mujer en la actividad productiva responde a diferentes motivaciones:

- Incorporación por orientación profesional. En unos casos el mismo trabajo fue realizado por su madre, en otros casos porque su familia siempre estuvo en la producción agrícola. La necesidad de efectuar tareas productivas está consustanciada con su «deber ser» que no es objeto de justificación de parte suya. Además, las mujeres mayores de 40 años mencionan que no aprendieron a hacer otro trabajo.

- Inserción porque su participación es indispensable; los otros miembros de la familia no asumen el rol. Los hijos/as adolescentes y jóvenes en general no realizan tareas en los cultivos.

La actividad de la mujer en los cultivos es considerada como una extensión de sus tareas en el hogar. Presenta como características la discontinuidad, la irregularidad, la fragmentación y, como ya mencionamos, no es un trabajo planeado: tiene que estar siempre dispuesta a cumplir con una tarea necesaria. Esta modalidad acentúa los rasgos de lo invisible; resulta difícil medir el tiempo que dedica al cultivo y el que destina a las tareas domésticas. Ambos forman parte de un trabajo impago que está subordinado a la institución familiar.

En las explotaciones donde reside la familia extensa, la mujer «principal», esposa del productor y en general la más joven, es la que destina más horas a la producción que a lo doméstico. La mujer añosa se ocupa de esto último.

En la encuesta que hicimos al productor la tendencia fue que éste calificara el trabajo de su esposa como «ayuda». Fue necesario insistir sobre este aspecto para que declarara el trabajo real que ella realiza. La designación de «ayuda» sin duda tiene una connotación de subestimación, también basada en una dependencia. El término «familiar» subraya el carácter no remunerado de esas tareas. Una vez más comprobamos que la valoración social de este trabajo no es atribuida por el trabajo en sí mismo, sino por la validez que le asigna el contexto familiar. Ello pone en evidencia la situación de ambigüedad que muestra la esposa del agricultor, quien realiza tareas en la explotación a cambio del dinero que supondría la contratación de un asalariado.

En la actualidad, sólo las mujeres más jóvenes son concientes de su aporte, las otras califican su trabajo como «ayuda». En el grupo japonés el reconocimiento social del trabajo es menor, carece de identidad profesional. Es más notoria la pervivencia del estereotipo tradicional de mujer con predominio del estatus doméstico (reclusión, sumisión).

La mayoría de las mujeres nunca pensó que sus tareas en la agricultura fueran objeto de una remuneración. Las entrevistadas se mostraron sorprendidas cuando le solicitamos que estimaran el valor monetario de su trabajo productivo. Muy pocas respondieron que les agradaría tener un salario en la explotación, pero desconocían qué suma monetaria les podía corresponder. Frente a esta conducta existen diversos argumentos que ayudan a su interpretación: la mujer no tuvo un trabajo remunerado antes de casarse; proviene de una familia de agricultores donde el trabajo femenino nunca fue retribuido con un salario; las tareas que realiza son muy diversificadas. Pero tampoco es extraño que nunca se hayan planteado esta cuestión en el seno de la explotación familiar, cuya lógica puede ser la de reducir los costos de mano de obra empleando el trabajo familiar; pero también puede responder a una costumbre hondamente arraigada en las mujeres que guarda una estrecha relación con la socialización que recibieron. Es decir que no siempre se trabaja por «necesidad» sino porque es «necesario». Asimismo, podríamos encontrar ciertos elementos de explicación en relación a la dependencia económica de las mujeres, que ellas mismas contribuyen a perpetuar por la convicción de que la dependencia es algo «natural», convicción que se deriva de «una ideología fundamental-

mente patriacal que sostiene la idea de la inferioridad psicológica de la mujer» (Coria, 1986:54).

La tabla 1 muestra la participación femenina en las tareas de la explotaciones, por grupos de edad, sobre el total de mujeres que viven en ellas.

Tabla 1

Mujeres familiares del productor que trabajan en los cultivos florícolas

| Grupos de edad | | | | | |
|----------------|-------|-------|-------|-----------|----|
| 15-20 | 20-30 | 30-40 | 40-50 | más de 50 | |
| % | 6 | 72 | 87 | 94 | 81 |

Fuente: elaboración en base a la encuesta directa al productor y su familia. 1990

El notable incremento de la participación con el avance de la edad podría presentarse como una contradicción. Se trata de una aparente paradoja; las mujeres más jóvenes, representadas por las hijas de la mujer «principal» no trabajan en los cultivos y colaboran esporádicamente en los trabajos domésticos. Parece existir una nítida división de tareas: la esposa del productor junto con su madre o suegra se ocupan de la producción, las mayores lo cumplen en forma más fragmentada. No logramos contabilizar el horario de labor a tiempo parcial o de ayuda esporádica ante la carencia de precisión en las declaraciones. No obstante, aun trabajando a tiempo parcial las mujeres de 30 a 50 años cumplen una jornada que algunas califican de «interminable».

La división del trabajo en la explotación está nítidamente marcada por el género: la mujer se ocupa de los almácigos y efectúa los trasplantes, riega, deshierba, coloca la red para que las flores se mantengan erguidas (13), despimpolla, clasifica la producción y la acondiciona para el mercado. Está al margen del uso de maquinarias, no aplica insecticidas ni fertilizantes respondiendo a una cuestión de orden cultural (falta de destreza o menores aptitudes para ejecutar ciertos trabajos).

La asignación de las tareas según género es aun más acentuada en la colectividad japonesa. Se confía a las mujeres las actividades más rutinarias, que requieren cierto cuidado en el tratamiento de la flor, con el convencimiento de que son realizadas con mayor destreza que el hombre.

El peso de los patrones culturales influye en los roles de género en cuanto a la figura de «jefe de explotación» que recae siempre en un hombre. Cuando el titular se jubila o muere un hijo varón toma la dirección del establecimiento. En el grupo portugués se dio el caso de una mujer que se autocalificó «jefe de explotación» y su marido lo corroboró. Trabajaron juntos en los cultivos durante varios años. Luego, él emprendió actividades fuera de la explotación, relacionadas con la comercialización de la flor.

Desde entonces ella dirige todos los trabajos vinculados con la producción, inclusive la contratación de personal asalariado y su manejo.

En dos explotaciones encuestadas del grupo japonés las mujeres transitoriamente, quedaron a cargo de aquéllas ellas por viaje del marido a Japón, pero con la ayuda de algún

pariente o conocido de la colectividad que se expresara en nuestro idioma, para facilitar las relaciones con el exterior. Esta situación se produjo porque en esas explotaciones no residía la familia extensa. En efecto, al manifestarse el fenómeno «dekasegi» quedaba como encargado de la explotación el padre o el suegro del productor (14). También en la etnia japonesa se dio el caso de una mujer joven que se está capacitando para asumir la dirección de la explotación cuando el padre se retire. No tiene hermanos varones y, su padre, contrariando las normas del estricto control social reconoce las capacidades intelectuales de su hija para conducir la empresa familiar. Es una excepción...

El 30% de las mujeres entrevistadas declara que desearía ser «jefe de la explotación» porque admite que ella también es propietaria de la parcela, al igual que su marido. Asimismo, declara que sería una oportunidad para introducir ciertos cambios en el plan de producción. Esta actitud principalmente coincide con las mujeres portuguesas del estrato correspondiente a 30-40 años.

El 15% de las mujeres entrevistadas responde que comparte las decisiones con el marido acerca de la organización y manejo de la producción. En realidad, sólo consiste en tomar conocimiento de las decisiones que adopta unilateralmente el marido. La mujer portuguesa comparte las decisiones con el jefe de la explotación en lo que respecta al mantenimiento y mejoras en la vivienda (refacción y pintura, compra de muebles y aparatos electrodomésticos).

La discriminación de la mujer en las actividades vinculadas con la gestión de la explotación igualmente es evidente en las operaciones de comercialización de la producción, transacciones comerciales, compras de insumos y equipos.

La mujer portuguesa suele ocuparse de la venta de flores a comerciantes minoristas de la ciudad que llegan hasta la explotación, y discute con ellos el precio. El productor desestima la importancia de esta tarea. El producto de esas ventas es administrado por la mujer para cubrir necesidades reproductivas (gastos para el hogar). Una vez más los roles delimitan las parcelas de poder de ambos géneros.

Concerniente al grado de conformidad que sienten las mujeres de su trabajo se dan dos posiciones: en primer término, las mujeres jóvenes opinan que hubieran preferido comenzar su vida activa en otra tarea; señalan que el cultivo de la flor es muy sacrificado, con una rentabilidad muy variable por los vaivenes que sufren los precios de mercado. La mujer portuguesa, por su parte, desea otro porvenir para sus hijos, sobre todo para las mujeres. Se identifica con la desvalorización que asignan en su país a todos los trabajos vinculados con el campo. «Trabajar la tierra» es sinónimo de falta de prestigio social. También la mujer japonesa pretende que sus hijas tengan acceso a una capacitación personal en la ciudad, por medio de una profesión, para ascender socialmente.

En segundo término, las mujeres mayores de 40 años se manifiestan conformes con su actividad. Admiten que fueron formadas para los trabajos agrícolas. Además su aceptación se vincula con los resultados económicos que obtuvieron de la explotación, con buenos ingresos, que les permitieron construir una vivienda confortable y «dar educación a los hijos». Esta opinión coincide con las aspiraciones de la mujer portuguesa.

La mujer japonesa, en cambio, manifestó su aceptación con la vida en la explotación. Las dificultades originadas en el idioma, y la preocupación por evitar posibles respuestas sesgadas por la traducción de una intérprete, nos limitó a profundizar en las declaraciones.

En cuanto a la posibilidad de conseguir un trabajo remunerado fuera de la explotación en lugar del que cumplen habitualmente, las mujeres entrevistadas no se mostraron interesadas respondiendo fundamentalmente que no están «preparadas», pero sí manifiestan interés por tener ayuda en las labores domésticas, particularmente las que tienen hijos pequeños.

Muchas veces la mujer hace trabajos que se consideran propios de los hombres, pero esta permeabilidad en las fronteras de la división del trabajo se da sólo en un sentido, ya que los hombres no colaboran con sus esposas en las labores domésticas.

Finalmente, destacamos otras tareas estimadas como propias de la mujer por considerarse como parte de la esfera de la reproducción, tales como el trabajo de una pequeña huerta y el cuidado de animales de corral. Esta actividad, que fue frecuente en las explotaciones del grupo portugués se abandonó paulatinamente. Continúa en unas pocas unidades y está a cargo de la mujer de más edad. Lo mismo ocurre con la elaboración de ciertos alimentos para la familia. La mujer «principal» no tiene tiempo para esas tareas porque el trabajo en los invernáculos le demandan mayor dedicación y prefiere abastecerse fuera de la explotación.

Además, las exigencias de la vida cotidiana se van haciendo más complejas. La ciudad irradia su influencia sobre las áreas rurales: las actividades que realizan en ella los hijos adolescentes y jóvenes se incrementan y se traducen en un mayor número de tareas domésticas por parte de la madre.

Las viviendas de los «colonos» portugueses son sólidas, agradables, en buen estado de conservación, y presentan elementos de confort como para asegurar una buena calidad de vida. Todas están rodeadas de un pequeño jardín, bien cuidado.

Las viviendas de los «colonos» japoneses son muy dispares, algunas son similares a la de los portugueses, pero muchas son viviendas modestas, mal conservadas, carentes de aseo y de prolijidad en su interior. Parecería responder a ciertas pautas culturales de algunas provincias de Japón.

La mujer, esposa del productor, confecciona también algunas ropas y tejidos para el grupo familiar como una forma de ahorro a los ingresos que se obtienen de la explotación. El 20% de las mujeres entrevistadas recibieron lecciones de «corte y confección», antes de casarse, con el objeto de prepararse para asumir el rol de ama de casa. Este tipo de capacitación también tiene relación con la disponibilidad de servicios en el lugar, la accesibilidad y la movilidad espacial.

Vida cotidiana de las mujeres. Accesibilidad y movilidad espacial

Áreas con alto nivel de urbanización -en cuanto a volumen de población y a sistemas de pautas y valores culturales- van penetrando, con distintos ritmos, en las «colonias» florícolas. Podemos preguntarnos, de qué manera irá incidiendo la urbanización en las

conductas tradicionales del medio rural? Dará lugar a una modificación de las relaciones de género? Cómo llegarán a proyectarse en el espacio?

De nuestras encuestas se desprende que las mujeres que tienen más de 45 años llegaron desde su país de origen al lugar de residencia actual portando un bajo caudal de instrucción. Restricciones derivadas del desconocimiento del idioma nacional y el bajo nivel de accesibilidad impuesto por el medio local -deficiente infraestructura vial y de medios de transportes- limitaron su movilidad espacial. La distancia física promedio desde las «colonias» a la ciudad de La Plata es de 20 Km. También debe recordarse que la permanencia de la mujer en la explotación era indispensable para atender las tareas productivas y reproductivas.

La mujer de edad intermedia (30-40 años) se benefició con la creación de centros de formación educativa de nivel primario en el medio rural. Luego, su posibilidad de elección estuvo condicionada por la escasez de recursos económicos familiares así como por la necesidad de trabajar en la explotación. A ello se agregan las restricciones de tipo espacial: carencia de centros de formación y de capacitación, el factor distancia y una baja accesibilidad.

Hoy, la mujer, esposa del productor, frecuenta diariamente el comercio minorista del lugar, para satisfacer las necesidades elementales, y acompaña a sus hijos a la escuela, actividades del rol reproductivo, que se cumplen en un espacio limitado.

El factor distancia-tiempo tiene una incidencia distinta, según la edad y el medio de transporte disponible; también reconocemos condicionantes socioculturales que afectan la movilidad espacial.

La mujer, esposa del titular de la explotación, no va sola a la ciudad para hacer compras, por asistencia médica o esparcimiento. Depende del tiempo disponible de su marido para que la acompañe. Raramente es acompañada por otros miembros de la familia. Si se trata de una salida para esparcimiento participan los hijos, cuando son pequeños. Podemos así comprender que el 95% de las mujeres entrevistadas no tengan carnet de conducir. Generalmente la mujer utiliza el vehículo de la familia pero lo maneja el marido.

Las diferencias étnicas son notables. La mujer japonesa muestra un mayor aislamiento relativo, en gran medida por los estrictos controles culturales en la supervivencia del estereotipo femenino y el predominio del estatus doméstico. No es ajeno a esto que la mujer tenga más dificultades que el hombre para expresarse en nuestro idioma, limitación que a su vez, actúa como handicap para su movilidad espacial. Las restricciones a los desplazamientos se agudizan cuando los hijos son pequeños.

La mujer, esposa del productor declara que la preferencia por el uso del vehículo privado también responde a las limitaciones de tiempo -sus tareas en la explotación están rigurosamente estructuradas por las exigencias del cultivo, y por las necesidades domésticas- ante la escasa frecuencia del transporte.

Las hijas/os, adolescentes y jóvenes, de las dos etnias involucradas emplean el transporte público para estudiar y/o trabajar, pero sufren de ciertas restricciones en razón de la frecuencia. A ello se debe que numerosos estudiantes japoneses estén alojados en la Aso-

ciación Nipona de la Universidad Nacional de La Plata (ANULP) durante el ciclo lectivo.

El tipo de actividad se presenta como una variable significativa en la configuración de la movilidad espacial, independientemente del género. Pero hoy, la edad y la actividad de las mujeres son variables sociodemográficas que influyen en los desplazamientos.

Las restricciones temporales impuestas por el rol doméstico inciden para que el desplazamiento de las mujeres sea más reducido que el de los hombres. Este se desplaza permanentemente en razón de su trabajo, también en relación al ocio. Podemos hallar entonces, en esta diferente especialización espacial por sexos un factor explicativo de las divergencias observables en los patrones femeninos y masculinos del comportamiento espacial. También se nota el impacto de las diferencias generacionales en los patrones de comportamiento espacial, sobre todo en la colectividad japonesa.

En cambio, el estatus socioeconómico no es una variable significativa, en cuanto al motivo y frecuencia de los desplazamientos, contrariamente a lo que suele ocurrir en el comportamiento espacial de algunos grupos sociales que habitan el medio urbano (Díaz Muñoz, 1989). No obstante, la afirmación que acabamos de hacer no es totalmente válida si consideráramos el grupo cultural correspondiente a los medieros y su familia, que como ya lo señalamos también residen en las «colonias».

Las pautas de comportamiento espacial de las mujeres nos permitió corroborar la proposición siguiente: a medida que avanza la urbanización en las áreas rurales van desapareciendo paulatinamente las desigualdades en las pautas de comportamiento espacial por género, fenómeno que se manifiesta en las generaciones más jóvenes. Esta confirmación nos condujo a la formulación de una nueva hipótesis que requerirá ahondar en el análisis para demostrar si ciertas convergencias que acercan los patrones femeninos y masculinos en edades tempranas responde a que la mujer no ha asumido aun los roles de ama de casa, y con ellos las típicas restricciones a la movilidad espacial que enfrenta su madre.

Participación de la mujer en las asociaciones comunitarias

La mujer, cualquiera sea su edad, forma parte de algunas actividades comunitarias, aunque su participación generalmente no es reconocida por el grupo. En cambio, el hombre de las dos nacionalidades involucradas en este estudio actúa en organizaciones y agrupaciones cooperativas vinculadas con la producción y comercialización de la flor, también en asociaciones vecinales y cooperadoras escolares.

Para las actividades vinculadas con el esparcimiento cada uno de los grupos étnicos dispone de su club, en el que participan ambos sexos.

El club nipón se mantuvo muy activo durante años, con la organización de competencias y torneos deportivos, en los que no intervenía la mujer. El gobierno japonés estimulaba esos eventos como una forma de aglutinar y reforzar la tendencia endogámica. Estos certámenes fueron decayendo con el tiempo, porque los mecanismos sociales tradicionales fueron reemplazados por otros para asegurar el mantenimiento de la identidad japonesa.

En el club nipón se efectúan diversas reuniones de carácter social. La desigualdad estructurada en el género se evidencia en cuanto a los aspectos organizativos de dichas reuniones. Funcionan tres comisiones: hombres, mujeres y niños. La comisión integrada por los hombres es la que tiene más jerarquía y coordina a las otras dos. La mujer efectúa diversas tareas durante la organización de las reuniones, pero también en este ámbito su tarea es silenciosa e invisible. Carece de expresiones de reconocimiento, lo cual podría actuar como una gratificación a su presencia.

Por su parte en el club lusitano hombres y mujeres realizan, a menudo, fiestas muy animadas. Tuvimos acceso a algunas de ellas por invitación de las mujeres y asentimiento de los hombres de la comisión directiva, la que no está integrada por mujeres. Si bien la segregación por género no tiene la rigidez propia del grupo japonés, espontáneamente los hombres se concentran en un lugar y las mujeres en otro, respondiendo a centros de interés distintos.

La inserción de la mujer en el trabajo de «mediería»

Esta modalidad de trabajo se difunde en la actividad florícola a partir de la década de 1960, y contribuye a modificar la organización social de las explotaciones. No es una forma de trabajo asalariado, tampoco un trabajo en «sociedad». Es una forma particular de trabajo que el propietario contrata bajo la responsabilidad de un ajeno a la explotación (mediero); los familiares de éste representan la mano de obra no remunerada directamente.

La medianería es un medio de obtener mano de obra con relativa estabilidad y ciertos conocimientos en el cultivo de la flor.

El mediero comparte con el propietario los riesgos de la producción, pero no interviene en las decisiones económicas. Por las características de la contratación esta modalidad participa del sector informal de la economía. Ringuelet et al, 1991:33 señalan que «la informalidad en que se pactan las condiciones de trabajo parte de la relación desigual de poder que se establece entre el propietario y el mediero».

Numerosas explotaciones que emplean medieros francamente no representan unidades de tipo empresarial, pues se trata de disminuir los riesgos con probabilidad de una gestión exitosa, y de una disminución del capital circulante mediante la utilización de mano de obra familiar que aporta el mediero (15).

Cada explotación puede ocupar varios medieros, que viven en condiciones de vida deplorables, diríamos más bien, en condiciones de vida infrahumanas. Ya dijimos que esta fuerza de trabajo proviene de áreas periféricas de las provincias del noroeste argentino, de Bolivia y Paraguay, dando muestras de un bajo nivel cultural.

El trabajo de la mujer, esposa del mediero, en la producción es fundamental, aunque no figura nunca como objeto de contratación, y es comprensible que con las condiciones vigentes de contratación quede totalmente excluida.

La jornada de labor de la mujer en los cultivos es larga y generalmente desempeña

tareas que exigen una gran resistencia física, pero consideradas residuales. Es frecuente hallarla trabajando en los surcos al aire libre o bien en el interior de los invernáculos, en las primeras horas de la tarde, con las elevadas temperaturas estivales. Este trabajo es infravalorado por el marido, y también subestimado por las propias mujeres, que lo califican como «ayuda». Ello responde claramente a las formas de socialización que emanan de un sistema de pautas culturales-ideológicas, que identifican a la mujer con un mundo invisible, carente de aceptación social.

La mujer no tiene colaboración para las tareas ligadas con la vida doméstica. Predomina la familia nuclear, con varios niños de corta edad. Tiene bajo su responsabilidad la crianza de los hijos, la transmisión de pautas y valores. No hay separación espacial entre lo productivo y lo reproductivo, que se interfieren permanentemente en una relación de continuidad.

Tampoco hay tiempo para el esparcimiento, pues los cultivos aun exigen ciertas labores los días domingos.

Si la mujer se hallara transitoriamente impedida de trabajar en los cultivos el mediero tendrá que recurrir a un trabajador ajeno, a quien tendrá que pagar, de acuerdo con lo pactado con el patrón.

Las relaciones sociales de la producción que se establecen en esta modalidad afectan la salud de la mujer, particularmente en los períodos de embarazo y de lactancia. La precariedad de la vivienda, la deficiente alimentación, la imposibilidad de delegar las tareas de reproducción cotidianas, y la sobrecarga de trabajo, ponen de manifiesto la relación dominación/subordinación estructuradas en el género.

Las áreas rurales carecen de una cobertura adecuada de centros de salud. El acceso es dificultoso por restricciones tiempo-espacio y los problemas derivados de los medios de transporte en cuanto a frecuencia y costo. Así es que la movilidad espacial de la mujer está muy limitada; su relación con el exterior es mínima. Y dentro de la explotación las mujeres de los medieros no comparten entre ellas momentos del ámbito familiar.

Los desplazamientos en general se producen cuando todo el grupo familiar se traslada hacia otra explotación.

En síntesis: el aporte que hace la mujer como esposa del mediero, no se puede incluir como trabajo asalariado, tampoco corresponde a la categoría de «trabajo en común», es el trabajo no remunerado, de carácter informal, que implica una relación de subordinación al sistema económico existente.

CONCLUSIONES

En las ciencias sociales, el estudio de casos reviste de «manera particularizada y singular, la acción de dimensiones y mecanismos sociales de carácter general» Jelin et al. 1986:112). El caso cuyo análisis efectuamos en la Segunda parte debe ser visualizado como el resultado de un proceso social, donde se manifiestan las relaciones estructuradas a partir del género y sus implicancias espaciales.

La participación de la mujer, como fuerza de trabajo, en las explotaciones familiares de cultivos intensivos-producción de flor cortada- alcanza especial relevancia.

Las dificultades económicas que a menudo afectan a las pequeñas unidades productivas obstaculizan el reclutamiento de mano de obra en el mercado laboral. El trabajo femenino no remunerado contribuye a la supervivencia de estas explotaciones, y esta flexibilidad que las caracteriza también les permite coexistir con formas de capitalismo avanzado.

La aportación de la mujer en el trabajo productivo de la explotación es subvalorada por el grupo familiar. A veces, también las mujeres subestiman esa actividad porque la consideran como una extensión de sus tareas domésticas.

El ritmo de trabajo es difícil de contabilizar porque es discontinuo, irregular, diversificado, donde lo productivo se confunde con lo reproductivo, confusión que también se produce en el tiempo y en el espacio. No obstante, algunas mujeres entrevistadas declaran la falta de reconocimiento social por el trabajo que hacen, así como su falta de identidad profesional.

El trabajo del hombre en la explotación es el que se considera «normal», las tareas que tiene asignadas la mujer son las domésticas; aquéllas que realiza en los invernáculos o en los galpones de empaque son calificadas «ayuda», es decir complementarias o irrelevantes. Pero, en realidad, se trata de un trabajo productivo que forma parte de la franja informal de la economía.

Así considerada, la división del trabajo es clara, y refleja patrones de comportamiento femenino y masculino: el hombre se ocupa de la producción y la mujer realiza los quehaces domésticos, aunque, sin su contribución económica la familia tendría problemas para sobrevivir en determinados momentos.

Concerniente a la división del trabajo en la actividad agrícola Benería (1979) señala que las tareas de la mujer tienden a concentrarse en la esfera de la reproducción, lo cual implica una escasa movilidad espacial. Y ello influye para que el trabajo de la mujer en la esfera productiva esté próximo a la casa. «Las mujeres se mueven, con frecuencia, en un espacio caracterizado por la contiguidad, la cercanía,... es un espacio cuerpo a cuerpo, material y concreto, posible de medir y de amplitud reducida», expresa Coria (1986:61). Además, ese trabajo no debe «amenazar al del hombre» (García Ramón, 1989), por tanto representa una «ayuda» para éste, concepto que se refleja en la terminología de los censos nacionales agropecuarios: «ayuda familiar».

En la economía capitalista la separación del espacio físico donde se realizan los procesos productivo y reproductivo originó diversas restricciones a la participación de la mujer en el trabajo remunerado, en razón a su primordial responsabilidad en la reproducción. Y en esta organización de la sociedad el trabajo de la casa deviene un trabajo «invisible, porque lo que se evalúa como trabajo real, concreto, es el trabajo remunerado. La producción de bienes para el mercado equivale a lo «productivo». Y como lo demostramos en el caso bajo estudio el trabajo agrícola basado en el aporte familiar no presenta una separación entre producción y reproducción. O sea, que la aportación femenina resulta

desvalorizada porque su trabajo además es doblemente invisible. Señalamos, como ejemplo, que el trabajo de doble jornada, o de jornadas interminables, como algunas mujeres lo califican, no aparece en las estadísticas, sólo se pone en evidencia en el trabajo de campo. Sobre esto dice Coria (1986:61) «en relación al tiempo...se trata de un tiempo continuo, ...se trata de un tiempo sin fin, donde una tarea sucede a la otra».

El principio de dominación/subordinación se encuentra en la teoría feminista con varias interpretaciones. Nosotros entendemos que el carácter específico de la subordinación de la mujer se halla en el papel social que se le ha adjudicado. En efecto, las causas de la subordinación de la mujer no se encuentran en lo biológico (la maternidad). Algunas feministas radicales proponen erradicar la subordinación a través de la emancipación de la mujer en la procreación (bebés de probeta). Nos inclinamos a pensar que la cuestión pasa fundamentalmente por la connotación social que asigna la sociedad a lo biológico, lo cual le permite perpetuarse. Por consiguiente, la subordinación no desaparecería convirtiendo a la mujer en asalariada o privándola de la maternidad. Lo fundamental sería lograr la eliminación de los privilegios y las formas de dominación del hombre que están inmersos en el patrón sociocultural. La larga duración de la dominación patriarcal produce y retroalimenta la discriminación de la mujer. Beneria (1987) dice que el desarrollo histórico del principio de dominación/subordinación se basa en la necesidad de controlar la reproducción, teniendo en cuenta no sólo la reproducción biológica, sino también la reproducción de la fuerza de trabajo y la reproducción social.

Condicionantes culturales-ideológicos de los dos grupos étnicos involucrados en la producción de flor de corte subordinan la participación de la mujer en beneficio del sistema económico, restringiendo la importancia de su aporte a la satisfacción de las necesidades domésticas.

También el patrón cultural limitó las posibilidades de elección de la mujer que trabaja en las explotaciones florícolas, manteniéndola en una permanente situación de dependencia.

Asimismo, el cumplimiento de determinadas normas familiares en la actividad de la mujer representó un freno a su integración en la nueva sociedad, y así su inserción fue dificultosa. Encontraríamos en esto un elemento de explicación a la denominación de «colonia» por parte de los integrantes del grupo-palabra que se presenta como sinónimo de «enclave»- y en su autoidentificación como «extranjeros»...

La mujer se halla en una doble situación de subalternidad, por un lado por el papel que desempeña en el proceso productivo y, por otro lado, por la posición de subalternidad en que la mantiene la sociedad. En ella se realimentan los estereotipos sexuales identificados con la ideología patriarcal que privilegia el rol de mujer-esposa-madre, obstaculizando otros desarrollos de su persona.

Es difícil que las mujeres puedan ver claramente los mecanismos de transmisión cultural y delimitar su responsabilidad en este proceso porque todas fueron socializadas de acuerdo con la óptica androcéntrica. Las mujeres que entrevistamos, sobre todo las mayores de 50 años, comparten la visión androcéntrica, y se ocuparon de difundirla. Las muje-

res más jóvenes no defienden esta óptica pero la difunden. Y esta observación es válida para los dos grupos étnicos comprendidos en este estudio.

La discriminación de la mujer no sólo aparece en los medios de producción, sino también en la movilidad espacial, en lo referente al esparcimiento y al grado de participación en organizaciones comunitarias.

La distancia física y el bajo nivel de accesibilidad del área rural-carencia de infraestructura vial y servicios de transporte adecuados- limitó las posibilidades de elección de la mujer. La calidad de vida de los grupos menos móviles-como las mujeres-es afectada por la segregación del espacio.

Tenemos que destacar, sin embargo, que estas restricciones no fueron sentidas cuando llegaron los primeros «colonos», pues las mujeres vinieron de su país de origen trayendo consigo su bagaje cultural, además de un bajo nivel de instrucción y una motivación muy importante: trabajar para sobrevivir.

Hemos observado diferencias en los patrones de comportamiento espacial impuestos por el género, a través de la frecuencia de los desplazamientos, el motivo y el medio de transporte empleado. Además, la edad y la actividad se presentan como variables sociodemográficas significativas en relación a los desplazamientos.

La menor disponibilidad de servicios en el área rural bajo estudio constituye un handicap espacio-temporal para que las mujeres combinen su rol doméstico y la posibilidad de un trabajo fuera de la explotación.

Pero, la proyección de la ciudad sobre el área rural conlleva un proceso de resquebrajamiento y de transformación paulatina de las estructuras socioeconómicas. Nuestras entrevistas dejan entrever una actitud hacia el cambio en las hijas, adolescentes y jóvenes solteras, especialmente de descendencia portuguesa. También hallamos en el grupo japonés un cierto cuestionamiento de parte de las hijas adolescentes al modelo que ofrece la madre. La manifestación de esas tendencias al cambio pueden ser beneficiosas a la situación social de las mujeres. Buscan insertarse en actividades urbanas, a través de estudios de nivel secundario y universitario, donde la agronomía no tiene espacio.

Los cambios en la estructura socioeconómica sin duda tendrán una repercusión en el estereotipo del papel tradicional femenino, que privilegia el estatus doméstico dentro de la ideología rural dominante. Hoy se vislumbran dos opciones para la mujer: continuar bajo el peso de la herencia cultural o acceder al cambio.

Cuáles serán los alcances de este cambio? Subsistirá por un largo tiempo el estereotipo del papel tradicional femenino, cuando asuman el rol de «ama de casa» las jóvenes solteras?

Las costumbres cambian con el tiempo, pero permanecen en su esencia (Habichayn 1992:s/p). Y ello responde al papel desempeñado por la educación informal y formal. El hogar cumple con una función primordial en el mantenimiento del «status quo» social. Por tanto no podría esperarse que la mujeres eduquen a sus hijos buscando erradicar la discriminación basada en las relaciones sociales de género, mientras se le siga asignando

el rol de la reproducción social como propio y exclusivo de su sexo.

NOTAS

1. De acuerdo con Tórrado (1983) el grupo doméstico implica una unidad de residencia y de consumo. También comprende una unidad de producción.

2. Karen Offen (1988:130) define a la teoría feminista como «ideología y movimiento de cambio sociopolítico fundado en el análisis crítico del privilegio del varón y de la subordinación de la mujer en cualquier sociedad».

3. Preferimos designar ámbito doméstico a las actividades vinculadas con la reproducción. La denominación «ámbito» privado» como sinónimo, carece de una definición precisa.

4. Existen numerosos estudios sobre el tema: Balán (1980); Gutman (1988); Giarraca (1990); Manzanal (1988) Reboratti, et al (1983), entre otros.

5. La interrelación de ambas esferas se manifiesta en algunos estudios sobre el medio urbano actual. Rose & Villeneuve (1988) demuestran la permeabilidad gradual del trabajo doméstico en el hogar, no remunerado, y el trabajo fuera del hogar, remunerado, a través de un número creciente de tareas que antes se realizaban en la casa y ahora se integran a la economía de mercado. También se observa la tendencia a llevar tareas remuneradas al hogar. La diferencia con el medio rural es que en éste el trabajo de la mujer en la producción no es retribuido con un salario.

6. El modelo propuesto por Archetti y Stolen (1975:148) para una comunidad de colonos de Santa Fé es comparable al que se observa en los floricultores platenses, con algunas modificaciones.

7. Testimonio oral considerado como documento válido.

8. Testimonio oral.

9. Vidriera: nombre local que se da a los invernáculos.

10. Testimonio oral.

11. Existe una comunidad de intereses entre los japoneses. Una particularidad de la etnia consiste en el trabajo que realiza en común en determinadas épocas del año, de mayor ocupación (Sabarots, 187).

12. Encuesta directa al productor florícola y a su familia. Año 1990.

13. Actualmente las redes se adquieren en el mercado y se fabrican con nylon. Hace unos años se confeccionaban con hilo de algodón y era una de las tareas de la mujer.

14. Entre 1988 y 1989 se manifestó el fenómeno «dekasegi» entre los integrantes de la colectividad japonesa. Consistió en el reflujo de japoneses y sus descendientes a Japón, en calidad de trabajadores temporarios (1 ó 2 años) ante la demanda de mano de obra, con promesas de elevados salarios, en contraste con la grave situación económica de nuestro país y la caída en la hiperinflación que provocó la contracción del mercado de la flor.

15. Para profundizar en las relaciones sobre «mediería» consultar Ringuelet (comp) 1991; Gutman et al, 1987; Benencia 1990.

APENDICE METODOLOGICO

Mencionamos aquí algunos aspectos referidos al tipo de estudio, técnicas y elaboración de la información.

En la geografía del género como ocurre con otros enfoques críticos tratados por la geografía dice García Ramón (1989) parafraseando a McDowel (1988:164) «existe un cierto rechazo de los análisis empíricos basados en técnicas «hard», en conceptos que se toman como supuestos y en el análisis basado en el muestreo estadístico»

La información básica que permitió la realización del estudio de caso fue obtenida por el empleo de la encuesta directa y la entrevista en profundidad, como complemento. No utilizamos la entrevista-conversación teniendo en cuenta la experiencia de Canoves (1989:75).

La amplia encuesta que implementamos en oportunidad de efectuar la diagnosis de la actividad florícola (Tadeo, 1991) nos sirvió como material referencial de base. El cuestionario que tomaba a la explotación como unidad de análisis, comprendía dos partes: la primera destinada a conocer las condiciones en que se desarrolla el proceso de la producción y la comercialización de la producción. La segunda parte incluía preguntas sobre la composición del grupo familiar, y de las actividades, modalidades de trabajo, actitudes y comportamiento del productor frente a las innovaciones y toma de decisiones. En aquel momento seleccionamos una muestra de 20% estimada como representativa de la cifra total de explotaciones. La encuesta fue respondida por el productor.

A medida que se fue cumplimentando la encuesta se fue elaborando un listado con el nombre de la mujeres que viven en la explotación, agregando edad, nacionalidad, relación de parentesco con el productor. Esta información se relacionó con la superficie de las unidades productivas y el número de trabajadores ajenos remunerados. Todos los datos facilitaron posteriormente la preparación de la encuesta destinada a las mujeres. Esta no pretendía alcanzar una representatividad estadística.

Mencionamos en páginas anteriores que centramos nuestro estudio en aquellas explotaciones florícolas que generan excedente, y cuya fuerza de trabajo está constituida por el grupo doméstico y trabajadores ajenos.

El cuestionario dirigido a la mujer contenía alrededor de sesenta preguntas tendientes a determinar las tareas que realiza en la explotación (productivas y reproductivas); cantidad promedio de horas dedicadas a esas actividades en una jornada diaria. También se buscaba establecer la participación de la mujer en la toma de decisiones; la accesibilidad y movilidad espacial, participación en asociaciones comunitarias.

Antes de distribuir la encuesta explicamos detalladamente los objetivos del trabajo. Un inconveniente surgió ante la dificultad que tienen numerosas mujeres, japonesas y portuguesas, mayores de 40 años para expresarse en nuestro idioma. Dado el carácter personal

de la encuesta y temiendo un sesgo involuntario por parte de la persona que pudiera transcribir o traducir las respuestas, preferimos seleccionar aquellas mujeres que respondieran sin ayuda.

El cuestionario era anónimo, por su extensión dimos aproximadamente una semana para completarlo.

El establecimiento del vínculo de confianza con los actores involucrados en el estudio nos insumió un tiempo prolongado, dada su pertenencia a grupos étnicos bien diferenciados. Algunas mujeres, las más jóvenes de descendencia portuguesa se mostraron interesadas por el trabajo.

Se distribuyeron treinta cuestionarios, descartamos cinco por contener información incompleta.

Una vez procesada la información de la encuesta redactamos una guía de entrevista en la que se destacaron temas relevantes relacionados con el trabajo de las mujeres, sus motivaciones, sus aspiraciones, sus restricciones. Efectuamos diez entrevistas.

Codificamos y procesamos los datos por temas, con algunas variables de cruzamiento: edad y grupo étnico fueron las más importantes.

El tratamiento de las entrevistas fue más complejo por tratarse de información cualitativa y el riesgo de introducir un sesgo por parte del entrevistador durante el procesamiento.

BIBLIOGRAFIA

ARCHETTI, E y STOLEN, K (1975) Evolución familiar y acumulación de capital en el campo argentino. Buenos Aires. Siglo XXI.

BALAN, J. (1980) Migraciones temporarias y mercado de trabajo rural en América Latina. Buenos Aires. CEDES.

BARSKY, O. (1991) El desarrollo agropecuario pampeano. Buenos Aires. Centro Editor Latinoamericano.

BENERIA, L. (1979) Reproduction, Production and the Sexual Division of Labor. En: García Ramón, M.D. «La división sexual del trabajo y el enfoque de Género en el estudio de la agricultura en los países desarrollados». Agricultura y Sociedad 55, abril-junio 1990, España.

——— (1987). Patriarcado y sistema económico. En: Amorós, C. «Mujeres: ciencia y práctica política». Madrid, Debate, pp. 39- 54.

BERLAN, M. (1989) Conocimientos y trayectorias socio-profesionales de las agricultoras. En: «Documents d'Anàlisi Geogràfica» 14. Departament de Geografia. Universitat Autònoma de Barcelona, pp. 53-71.

BOCK, G. (1991) La historia de las mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional. En: «Historia Social» 9, Valencia, pp. 55-77.

BORGES, M. (1991) Historia y memoria de una comunidad rural de inmigrantes portu-
guese-

- ses. Las fuentes orales en los estudios migratorios. En: «Estudios e investigaciones» Facultad de Humanidades y Cs de la Educación. Universidad Nacional de la Plata, pp 131-156.
- BOWLBY, S.(1989) Geografía feminista en Gran Bretaña: una década de cambio. En « Documents d Anàlisi Geogràfica» 14. Departament de Geografia. Universitat Autònoma de Barcelona, pp. 15-29.
- BOWLBY, S. & MCDOWELL, L (1987) The Feminist Challenge to Feminist Geography: Progress and Prospect. London. Cromm Helm. pp.195-323.
- CANOVES, G.(1989) La actividad de la mujer en la explotación agraria familiar. En: «Documents d Anàlisi Geogràfica» 14. Departament de Geografia. Universitat Autònoma de Barcelona pp. 73-88.
- CORIA, C.(1986) El sexo oculto del dinero. Formas de dependencia femenina. Buenos Aires. GEL, Colección Controversia. Buenos Aires.
- DIAZ MUÑOZ, M. (1989) Movilidad femenina en la ciudad. En: «Documents d Anàlisi Geogràfica» 14. Departament de Geografia. Universitat Autònoma de Barcelona. pp. 219-239.
- DUBY, G.(1978) Historia social e ideología de las sociedades. En: Le Goff, J y Pierre, N. (comp) «Hacer la historia» Vol 1. Barcelona. Nuevos Problemas, Laia.
- GARCIA BALLESTEROS, A.(1982) El papel de la mujer en el desarrollo de la Geografía. En DURAN, M.A.(ed) Liberación y Utopía. Madrid. Akal. pp.119-141.
- (ed) 1986. El uso del espacio en la vida cotidiana. Madrid. Seminario de Estudios de la Mujer. Universidad Autónoma de Madrid.
- GARCIA RAMON, M.D.(1988) La Geografía como compromiso social: un recorrido desde la Geografía social a la Geografía del Género. En: BARRERE, P y otros «Espacios rurales y urbanos en áreas industrializadas» Oikos-tau. Barcelona.
- (1989) Género, espacio y entorno: hacia una renovación conceptual de la geografía? En: «Documents d Anàlisi Geogràfica» 14. Departament de Geografia. Universitat Autònoma de Barcelona, pp. 7-13.
- (1989) Para no excluir del estudio a la mitad del género humano: un desafío pendiente en Geografía humana. En: «Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles» 9 .pp .27-48 .
- (1989) Geography and Gender in Spain: new lines of research and teaching. En: Journal of Geography in High Education. Nro.13. pp.110-120.
- (1990) La división del trabajo y el enfoque de Género en el estudio de la agricultura de los países desarrollados. En «Agricultura y Sociedad» 55, abril-junio, España.
- (1990) Regional Variations in Gender Roles and Relations in Farm Households in Spain. International Geographical Union Regional Conference. Beijing, China.
- GEERZ, C (1987) La interpretación de las culturas. México. Siglo XXI.
- GIARRACA, N (1990) El campesinado en la Argentina: un debate tardío. Sociología Agraria. Facultad de Cs. Sociales, Universidad Nacional de Buenos Aires

- GIARRACA, N (1992) Por qué no trabajar para nosotras? II Jornadas de Historias de las Mujeres. Historia y Género. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Buenos Aires.
- GUTMAN, P., GUTMAN, G. y DASCAL, G. (1987) El campo en la ciudad. Buenos Aires. CEUR.
- GUTMAN, F. (1988) Desarrollo rural y medio ambiente en América Latina. Buenos Aires. CEUR.
- HABICHAYN, H. (1992) Las mujeres, las costumbres y la educación. En: «Cuaderno» 2. Centro de Estudios Históricos sobre las Mujeres. Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, Santa Fé.
- IBARLUCIA, B., SANCHIS, y HAURIE, V. (1991) Argentina: hombres y mujeres en la crisis. Ed. Imago Mundi, Grupo Esquel, Buenos Aires.
- JELIN, E. (1984) Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada. Buenos Aires. CEDES.
- JELIN, E., LLOVET, J y RAMOS, S. (1986) Un estilo de trabajo: una investigación microsocial. En: Cardona, R., Jelin, E. et al. «Problemas metodológicos en la investigación sociodemográfica». México. El Colegio de México.
- LAUMONIER, I. (1992) La mujer nikkei: su inserción en la comunidad argentina y su rol en la colectividad japonesa. «II Jornadas de Historia de la Mujeres», Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Buenos Aires.
- LEWONTIN, R. et al. (1987) No está en los genes; Racismo ; Genética e Ideología. «Crítica», Barcelona.
- LITTLE, J. (1988) Feminist perspectives in rural Geography Journal of Rural Studies, 2 (1) pp. 1-8.
- MANZANAL, M. (1988) El minifundio en la Argentina: políticas alternativas para una realidad poco conocida. En: La economía agrícola argentina. AAEA, XX Congreso Internacional de Economistas Agrarios. pp. 143-167, Buenos Aires.
- MCDOWELL, L. (1989) Women, Gender and the Organisation of Space. En: GREGORY, D et al. Horizons in Human Geography. London. Mac Millan pp 136-151.
- MITCHELL, J. (1977) La condición de la mujer. Anagrama. Barcelona.
- MONK, J (ed). (1993) Contextualising Feminist Geography: International Perspectives. International Geographical Union. Study Group on Gender and Geography. Working Paper No. 27. Tucson. Arizona. USA.
- MONK, J y HANSON, S. (1989) Temas de Geografía feminista contemporánea. En: «Documents d'Anàlisi Geogràfica» 14. Departament de Geografia, Universitat Autònoma de Barcelona. pp. 31-50.
- MONSEN, J. (1989) Género y Agricultura en Inglaterra. En: «Documents d'Anàlisi Geogràfica» 14. Departament de Geografia. Universitat Autònoma de Barcelona. pp. 115-130.
- NACIONES UNIDAS. (1983) Revista de la UNESCO. Buenos Aires. Ed. Edilir.

- OAKLEY,A.(1977) La mujer discriminada: biología y sociedad. Madrid. Debate.
- OFFEN,K.(1991) Definir el feminismo: un análisis comparativo . En: «Historia Social» 9. pp 103-135, Valencia.
- PASTOR, R.(1992) Las mujeres e historia de las mujeres hoy. En: «zona franca» 1 . Centro de Estudios Históricos sobre las Mujeres. Facultad de Humanidades y Artes. Universidad Nacional de Rosario. pp. 1-5.
- PORTES, A.(1984) El sector Informal.Buenos Aires. CLACSO.
- REBORATTI, C.(1983) El peón golondrina: cosechas y migraciones en la Argentina.Buenos Aires. CENEP 24.
- RINGUELET,R et al.(1991) Tiempo de» medianero». En: «Estudios e Investigaciones» 6. Facultad de Humanidades y Cs Educación. Universidad Nacional de La Plata. pp. 36-53.
- ROCHA TRINIDADE, M.(1973) Inmigrés portugais. Observatio psycho-sociologique d un groupe de portugais dans la banlieue parisienne (Orsay). Lisboa.
- ROSE,D. & Villeneuve,p.(1988) Women Worker and the Inner City: Some Implications of Labour Force Reestructuring in Montreal. En García Ramón, M. D. 1989. «Para no excluir del estudio a la mitad del género humano». Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles , 9. Madrid.
- SABAROTS, H.(1991) Categorías étnicas y relaciones sociales en colonias florícolas de la localidad de City Bell, provincia de Buenos Aires. En «Estudios e Investigaciones» 6. Facultad de Humanidades y Cs. Educación. Universidad Nacional de La Plata. pp. 55-66.
- SCOTT,J.,STRATHEM,M. et al. (1993) De Mujer a Género. Teoría, interpretación práctica feminista en las ciencias sociales. Buenos Aires. CEAL.
- SOLE, M.(1986) Las condiciones de vida de los trabajadores argentinos. En: «Monografías» 6. Olavarría,Buenos Aires.
- SULLEROT,E.(1979) El hecho femenino. Barcelona. Argos Vergara.
- TADEO,N. (1990) Reflexiones sobre la categoría de Género. El trabajo de la mujer en el campo. En«Análisis Geográfico» Año 2, No. 3. Buenos Aires pp 51-61.
- (1991) La actividad florícola en el sureste de la región metropolitana de Buenos Aires. Una producción en retroceso? Departamento de Geografía. Facultad de Humanidades y Cs.Educación. Universidad Nacional de La Plata. mimeo.
- (1991)Womens Work in Family Operated Commercial Flower Growing Unit in Buenos Aires Metropolitan Area. International Geographical Union. Study Group on Gender and Geography. Working Paper No.18. Tucson. Arizona. USA.
- TORRADO,S. (1983)La familia como unidad de análisis en Censos y Encuestas de Hogares. Buenos Aires.CEUR.
- WOMEN AND GEOGRAPHY STUDY GROUP of the IBG.(1984) Geography and Gender. London. Hutchinson.